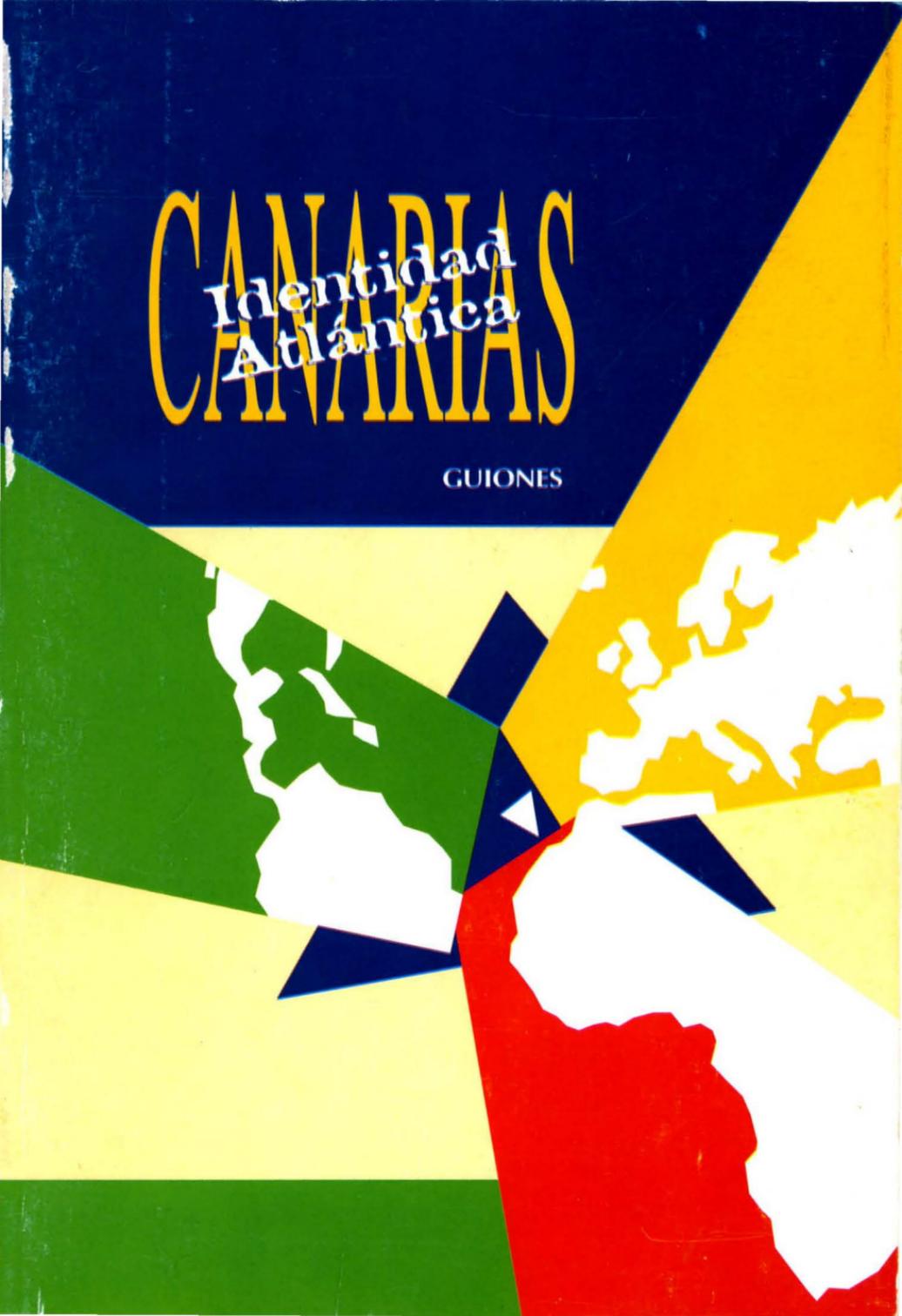


CANARIAS

Identidad
Atlántica

GUIONES



Canarias Identidad Atlántica

Guiones:	José A. Alemán
Edición y Realización:	IMACO 89, S.L. ©
Portada:	Mª Rosa Ponce
Impresión:	Diart, S.L.
Depósito Legal:	G.C.-1150-1996
ISBN Obra Completa:	84-922121-0-1
ISBN Volumen I:	84-922121-1-X

CANARIAS
*Identificación
Atlántica*

INTRODUCCIÓN

Canarias, identidad atlántica es una indagación no exhaustiva en las interrelaciones de las islas con el océano en que se ubican a través de las costumbres, el folklore, la historia y las leyendas insulares, las fiestas, la artesanía, la actividad comercial, etcétera, hasta componer un mosaico que da idea de la entraña del pueblo canario, introvertido pero al propio tiempo abierto al mundo y a los tres continentes que lo configuraron.

Canarias, identidad atlántica fue producida por **IMACO 89**, con guión de José A. Alemán y realización de Martín Ardanaz, y contó con una subvención del Gobierno de Canarias. En el rodaje, desarrollado en todas las islas del archipiélago y en Cuba y Cartagena de Indias (Colombia), intervinieron más de sesenta personas durante tres meses largo de trabajo intenso y unas cincuenta más a título de colaboradores puntuales, especialistas y asesores. Se emplearon cuantos medios técnicos fueron precisos (steadicam, traveling, grúas, scorcio de cabeza caliente, etcétera). La cámara empleada fue la Sony DW 700 P, que acababa de salir al mercado pocas semanas antes del inicio del rodaje y que of rece una resolución hasta ahora nunca vista en el mundo del video. La cámara va equipada con un sofisticado grabador digital, el Betacam de la serie 1.000, que recoge las imágenes en formato panorámico de pantalla 16.9, en lugar del 4.3 convencional. IMACO 89 optó por este sistema de última tecnología porque, además de la mayor calidad de resolución de las imágenes y del

sonido, consideró que los planos panorámicos aumentan la cantidad de información mientras que la versatilidad del digital posibilita la actualización permanente de los contenidos de los capítulos. Además, el hecho de que la UE haya apostado por el Pal Plus Digital 16.9 en su política de normalizar y homogeneizar los formatos de video permite a la serie durar aún más en el tiempo al adelantarse incorporando el sistema que será pronto el habitual en la emisión y recepción televisivas. La relativa escasez de producciones en este sistema le dan, además, al banco de imágenes de la productora una considerable proyección de futuro. La posibilidad de actualización de los contenidos, junto a la superior durabilidad en el tiempo del material, dado el soporte óptico utilizado, son ventajas adicionales de cara a colaborar en el desarrollo de la industria audiovisual canaria con la disposición de documentos y trabajos en bancos que aguantan mejor el paso del tiempo.

Además de la cámara DW 700, se contó con una cámara cinematográfica de 16 mm., con carcasa submarina para tomas en el fondo del mar. Asimismo se movilizaron varios barcos y helicópteros en la realización de la serie. En la postproducción se empleó U-Matic para el off line; digital para el on line; telecine digital para la con-versión de las imágenes submarinas; Harry, Paintbox y Fx para la creación de cabeceras y los trucajes y Silicon Graphics para las infografías.

PRÓLOGO

Canarias: una pequeña América

En el proceso expansivo de Castilla por el Atlántico las Islas Canarias constituyeron “una modesta América”, un preanuncio de los fenómenos que, primero en las Antillas, y luego en la Tierra Firme, se desarrollarían como resultado final de esa expansión. Hasta 1492 para las antiguas Islas de la Fortuna han existido dos rumbos: el de África y el de Europa; pero a partir de esa fecha, desde la inmensa rosa de los vientos que es el archipiélago, nace un nuevo rumbo, el americano. ¿Si no hubieran existido las Islas hubiera Castilla descubierto América? ¿De no haber existido América, cuál hubiera sido la historia de Canarias? Dejémosnos de futuribles y de juegos de la imaginación y aceptemos la realidad: América existe y también existían las Islas Canarias dispuestas en una geografía volcánicamente atormentada y cargada de mitos. Fue a partir del medievo cuando la delirante cartografía que representaba al primer Atlántico de los descubrimientos comenzó a aclararse gracias a unos aires cargados de novedades técnicas - brújula, timón de codaste, carabela - que empujaron los delirios de los cartógrafos. La isla **Antilla**, en plural, fue llevada hasta las segundas Canarias en el Caribe mientras las primeras quedaron con sus hermanas portuguesas cual vado para cruzar el viejo océano Tenebroso, convertido en **el charco** por el confianzudo marinero isleño.

Las Islas Canarias, a remolque de las naves colombinas, comienzan a proyectar hombres y productos desde los primeros momentos. Hay un continuo trasiego humano y cultural entre Europa, Canarias, África y América, que se plasma en una nueva realidad. En buena parte **lo canario** es un producto mestizo, como lo andaluz. El Nuevo Mundo, hacia donde se encamina en romería incesante el tempranamente conocido por **isleño**, aparece cual una solución y como un mal menor. Solución para escapar de la pobreza y de las hambrunas, y para participar en la aventura; mal menor, en tanto en cuanto el canario, convertido en hacedor de pueblos, considera a las Indias Occidentales prolongación de su hábitat insular.

Su quehacer, sobre todo en la América Atlántica, estará lleno de originalidad. Una singularidad que viene dada por la pervivencia. Diversas fueron las regiones de las Españas que se proyectaron allende el mar, cuya trascendencia es posible rastrear actualmenmte con facilidad. Pero fue esa una presencia activa en el pasado, que hoy ha cesado. Sin embargo, ese estar en América canario no fue cosa del ayer, hoy muerto. Hoy sigue vigente, vivo, y es su gran originalidad. Múltiples fenómenos culturales lo atestiguan. En Saint Bernard (Luisiana) y en Sabana la Mar (República Dominicana) sus habitantes de ascendencia canaria continúan hablando como sus antecesores del siglo XVIII. Y en alguna de las islas canarias se come la venezolana arepa, se le reza al caraqueño José Gregorio Hernández y se imprimen en la prensa las esquelas con el retrato del muerto.

Son simples ejemplos aducidos para evidenciar que ese fenómeno cultural de ida y vuelta puesto en marcha a finales del siglo XV continúa.

Un mito indígena canario, al igual que en el México de Moctezuma, vaticinaba que un día aparecerían seres desconocidos que les dominarían a ellos que estaban allí y habían perdido la memoria de cuando y como arribaron. El microcosmos insular, cerrado y abierto a la par, se convirtió en posada y escala y, sobre todo, en probeta en la que se coció una nueva personalidad humana y cultural. Más seres han continuado llegando a las islas desde entonces, y aunque éstas han pretendido guardar y conservar celosamente su ya viejo patrimonio de esencias no lo han conseguido del todo, víctimas de su enclave, el gran determinante de su vida. Y así seguirá, por los siglos de los siglos, mientras continúen donde el vulcanismo y la historia les han colocado.

Francisco MORALES PADRÓN



CAPÍTULO 1º

Del mar de Canarias y de África

Para la Ciencia el Archipiélago Canario emergió del mar. Una serie de erupciones volcánicas submarinas levantaron las islas por encima de las olas y las pusieron al sol y a las brisas atlánticas. 7.000 y pico kilómetros cuadrados distribuidos en siete islas y seis islotes a un tiro de piedra de Africa.

Sin embargo, complace más la idea de que la verdad del origen de las islas sea la de los poetas y la de los hacedores de mitos que las consideran restos de la Atlántida, el fabuloso continente de que hablara Platón, desaparecido en un formidable cataclismo que aún resuena en la leyenda y que nadie ha vuelto a encontrar. Si los volcanes afloran magmas que apilan capas y capas de materiales, también hay una “geología espiritual” que acumuló los materiales poéticos, míticos y mágicos, alimento de la imaginación de los niños y de las ensoñaciones de los creadores.

La evidencia científica no puede, pues, privar a Canarias de su legítimo origen. Al fin y al cabo, algo de Atlántida tiene el Archipiélago: conocido en la antigüedad, desapareció después y perdido estuvo hasta que a principios del siglo XIV lo reencontró el genovés Lancelotto Malocello, que descorrió la cortina del misterio y dio su nombre a la isla de Lanzarote.

A diferencia de la Atlántida las Canarias sí fueron reencontradas y en ellas continuó la memoria del

continente hundido. Las tradiciones orales que a finales del siglo XIX aún circulaban en los campos de Tenerife, convencieron a Juan Bethencourt Alfonso de que los guanches conservaron reminiscencias del formidable hundimiento de la Atlántida que dejó a las islas como hoy las conocemos, un territorio fragmentado, discontinuo. Sin embargo, Tenerife y Gran Canaria continuaron unidas -quién lo diría- por un arrecife que nadie recuerda y que acabaría hundiéndose también. Es una leyenda como otra cualquiera y bien sabemos que detrás de las leyendas suele haber algo de cierto que, en este caso, pudiera ser el deseo de que las islas se comunicaran.

Pero la Ciencia debe atenerse a lo que pueda demostrarse: como no puede demostrarse que existiera el arrecife de unión, no deja lugar siquiera al poético capricho del volcán que bien pudo construirlo aunque tan endeble que un buen día se fue con la Atlántida sin dejar tampoco rastro.

Hay consejas o leyendas tinerfeñas acerca de supuestos viajes de los aborígenes entre islas antes de la conquista. Hay referencias a unas balsas de zurrones que pudieron utilizar en aquellos desplazamientos. Bethencourt Alfonso detectó en Adeje el convencimiento generalizado de que hubo contactos prehistóricos, al menos entre Tenerife y La Gomera. Una mujer guanche fue la que llevó el fuego a La Gomera a donde llegó sobre una balsa. Las balsas se construían con zurrones inflados y cosidos y se dirigían con pequeñas paletas en función de las corrientes marinas o “correntadas”. Todavía en el siglo pasado detallaban los viejos el modo de

construir las balsas: “Desollaban los machos cabríos de mayor tamaño e impermeabilizaban las pieles con resina de pino, sangre de drago y otras materias. Tras inflarlos, los colocaban juntos sobre el suelo y los iban amarrando con gruesas cuerdas de fibras vegetales”.

Se trata de cuentos, de leyendas. No hay pruebas de que los aborígenes conocieran la navegación. Se niega hasta que tuvieran de ella noción alguna. Extraña, sin embargo, que a ningún aborígene se le ocurriera jamás acercarse a ver lo que guardaban las islas vecinas que veían allí, cerquita, mientras pastoreaban. Se habla del pánico atroz al mar como memoria de un gran cataclismo -¿la Atlántida otra vez?- para explicar que quienes llegaron a las islas por mar olvidaran tan radicalmente la navegación. Se sabe que los aborígenes eran excelentes nadadores y que practicaron el marisqueo y la pesca, con la que completaban su dieta alimenticia. Poseían diversas artes y técnicas de pesca, entre las que figuraba el embarbascado, que llegó a nuestros días. Embarbascar es echar trozos de cardón en los charcones costeros y aguardar a que el poder narcótico de su savia blanca, irritante para la piel humana, afectara a los peces, que quedaban flotando en la superficie.

Aún admitiendo que los aborígenes no supieran navegar, lo cierto es que pocos años después de la conquista no arredraba a los pescadores canarios acercarse hasta el banco canario-sahariano. La influencia de la inmigración portuguesa, notoria en las islas, fue decisiva en la conformación de las primeras comunida-

des de pescadores que compatibilizaban el mar con las faenas agrícolas. Con unos pocos rudimentos astronómicos, jamás se perdían. Calculaban a ojo el camino recorrido y la velocidad de la nave. La práctica de generaciones constituía su sabiduría náutica, no sólo para concurrir a la costa africana desde el siglo XV, sino para irse a América sobre cualquier cosa que flotara, ya fuera por razones económicas, ya por motivos políticos. El problema de la navegación a África no era tanto la ida como la venida. Para regresar al archipiélago, salían de Cabo Blanco rumbo al Norte y cuando la Estrella Polar cuadraba a la altura de la verga del trinquete, viraban al Oeste hasta topar con cualquiera de las islas: reconocida una no tenían más que dirigirse a la de destino.

La navegación a América la favorecían los vientos y las corrientes. Cinco siglos de emigración hicieron del Atlántico para los canarios el “charco”, un océano inmenso y atemorizante, pero, al propio tiempo, un mar transitado y familiar que no separaba sino que unía a las dos orillas, a pesar de la distancia de la que el isleño era muy consciente. Si llaman el “charco” al Océano Atlántico es por un pronto humorístico que tiene algo de exorcismo con que conjurar los peligros a que estaban abocados, pues tarde o temprano tendrían que cruzarlo para escapar de la precariedad de una vida de escaseces y hambrunas.

Pero no es momento aún de ir a América. Volvamos sobre nuestras singladuras hasta el Faro de Orchilla, en el extremo más occidental de la isla de El Hierro, del

Archipiélago y del viejo mundo conocido antes del descubrimiento americano. Aquí fijó Ptolomeo el primer meridiano: más allá, al Oeste, no había tierras sino mares infernales imposibles de navegar precipitándose por infernales cataratas en los abismos del infinito desconocido.

El Primer Meridiano herreño lo utilizó Colón para comenzar a medir desde Orchilla las millas trucadas del primer viaje. En 1884 las grandes potencias designaron Greenwich como punto de referencia de las navegaciones. Pero Orchilla y su faro siguieron siendo el último punto del archipiélago que divisaban los emigrantes americanos. Tras el faro que les decía adiós quedaba el querido mar isleño y su extensión natural de la desierta costa africana que corre desde Cabo Blanco a las últimas estribaciones del Atlas magrebí.

El Atlántico de Canarias. El espacio donde se forjó el gremio de pescadores de unas islas abocadas al mar y al mismo tiempo extrañamente resistidas a sumergirse en él. Los pescadores practican hoy la pesca “de bajío”, “de fondo” y “al aire”. En la “de bajío” se está tan cerca de la costa que siempre se ve el fondo marino. Se utiliza el mirafondo para observar lo que ocurre bajo el agua. Se emplea liña, alambre y engodo para el mero y figuran entre las artes el chinchorro, la salemera y el trasmallo. Las salemas, las viejas y las morenas son las principales especies de la pesca “de bajío”. En la pesca “de fondo” no se visualiza el fondo marino. Hay pescadores, casi poetas, que se imaginan lo que hay debajo y no ven. Piensan en especies que, a lo mejor, no existen

y piensan en el color y la forma de las rocas. Inventan un mundo submarino propio, a lo mejor la manera de hacerse perdonar la intromisión en el reino de los peces, al modo de los pueblos primitivos que pedían disculpas a los espíritus del árbol que pretendían talar o a la Madre Tierra que iban a roturar. En la pesca “de fondo” se distingue la “de alto” y la “de tierra”, según se haga a más o menos de ocho liñas. La liña es portuguesismo que designa la cuerda o el cordel que entre los pescadores acabó convertida también en medida correspondiente a veinticinco brazadas. Se capturan cabrillas, sargos, chernes, bocinegros y samas.

En Fuerteventura prefieren para esta pesca el alambre porque es más sentidor: con el alambre siente claramente el pescador que algo ha mordido y sabe incluso qué pez ha picado por la forma de morder.

La pesca “de aire” es la de las especies migratorias como el peto, el bonito y el pez espada.

El verdadero patrimonio de los pescadores no son sus artes, ni su barquillo. Lo es la **libreta de marcas**. O su memoria, si desconfía y prefiere no dibujar las marcas. Las marcas son el procedimiento de que se valen para fijar, exactamente, en qué punto del mar hay un bajón, donde hay pescado. Una información que no transmite más que a sus hijos, llegado el momento, porque es su única riqueza, su pan. Cuando consigue buena pesca, busca de inmediato dos puntos de la costa -una casa, una degollada- que relaciona en la perspectiva percibida sólo desde donde él mira: es la primera marca. Una vez que la ha dibujado o aprendido, elige otra dirección,

otros puntos -tres picos enfilados- que asimismo relaciona en la perspectiva desde la que los ve: es la segunda marca. No tiene más que trazar desde las dos marcas sobre el agua líneas imaginarias que se cortan en el lugar ocupado por su barquillo en ese momento y quedan “trabadas” las marcas. Otro día, si quiere volver a pescar allí, seguirá una de las líneas hasta lograr de nuevo una de las dos perspectivas anotadas o memorizadas; después moverá el barquillo convenientemente hasta repetir también la otra perspectiva y no queda más que echar las artes, que el pescado estará esperando.

La extensa costa africana, 1.200 kilómetros entre las últimas estribaciones del Atlas y Cabo Blanco, al sur de Bojador, fue predio histórico de los pescadores canarios, un colectivo marginal dentro de una sociedad a la que nunca interesó demasiado la actividad económica relacionada con la pesca. Pero no por ello dejaron las islas de contar con marineros expertos. Desde el siglo XVI los canarios acudieron regularmente al banco sahariano porque era el más cercano para abastecer con largueza a los mercados insulares donde el mar se había convertido en fuente de alimentación de primera importancia para las clases humildes y para los peones de las haciendas, a los que se pagaba parte del salario en especie, con pescado salado traído de África.

No les impresionaba el silencio de aquella franja de mar que no bañaba ninguna ciudad, sobre la que no se abría pueblo alguno, ni una pequeña construcción habitada. Nada. Sólo los saharauis nómadas, que carecían de botes y hasta de canoas -bastante navegaban ya por el

desierto en sus camellos- se acercaban a las playas a amigar y a hacer con los pescadores algún comercio de menudeo. Quizá no supieran los saharauis que aquellos hombres, curtidos, eran la piedra angular de una importante industria histórica con base principal en Las Palmas de Gran Canaria, donde hubo astilleros para la construcción y la reparación de barcos en la Caleta de San Telmo, al pie de la ermita dedicada al santo, donde hoy está el parque, al extremo norte de la histórica calle comercial de Triana. Las tongas de tablones de las carpinterías de ribera se amontonaban en el solar que hoy ocupa el Gobierno Militar del que saliera en 1936 el General Franco para ir a la guerra. El poco interés de la sociedad isleña por el mar explica que aquella industria, animada por la Cofradía de Mareantes de San Telmo, desapareciera casi sin dejar rastro.

La sal, el quinto elemento de los alquimistas, fue el único conservante conocido en las islas durante siglos. Se utilizaba en la matanza del cochino -de ahí las famosas tocinetas de Lanzarote- pero fueron las pesquerías africanas el principal cliente de las salinas canarias de las que hay noticias que se remontan al siglo XV, caso de las lanzaroteñas al pie del acantilado del Río. Si el comercio de la sal llegó a crear líneas de comunicación y comercio en los continentes, no fue menor su importancia en Canarias donde la pesca hubiera sido imposible sin ella. En la contratación de la pesca, el dueño del barco aportaba, además de la alimentación, la sal suficiente para conservar las capturas hechas en el banco canario- sahariano. A poco de pescarlo abrían al pez, le

quitaban la cabeza y las vísceras, lo cubrían bien de sal y una vez salpreso lo empilaban en la bodega. El pescado salado es la base del sancocho, plato típico canario.

Entre las fiestas canarias vinculadas al mar figura la de la Virgen del Carmen del Puerto de la Cruz. La procesión discurre por la parte vieja de la ciudad. El trono avanza mecido por los pescadores hasta el muelle donde la Virgen es embarcada. Cuando el rostro se le perla de rocío ensalitrado, comienza el largo regreso. Los marineros la zarandean y la viran una y otra vez al mar mientras la conducen a su barrio de La Ranilla donde miles de personas cantan y bailan, sin parar la quema de ruedas de fuego y voladores.

A media noche se emprende el regreso definitivo a la iglesia. La música es ahora cansina y los marineros portan el trono como si vararan una barca, retrasando el momento de la entrega de la imagen hasta que la entran en el Santuario de Nuestra Señora de Francia y de la Virgen del Carmen.

No son muy numerosas las creencias y supersticiones relacionadas con el mar. Desde luego, en casi ningún lugar osarán hacerse a la mar el Día de los Difuntos. Un cura con sotana avistado en el embarcadero es suficiente para no salir a pescar. Los cordones umbilicales se tiraban al mar para que el recién nacido no maree de mayor en el barco.

El mar tiene una presencia grande en la hechicería. Por sus virtudes purificadoras y de regeneración, enfermos y maleficiados eran llevados a la orilla del mar para que sobre ellos pasaran las olas mientras se recitaban

oraciones. Al mar se arrojan los hechizos desenterrados para que no hagan efecto. El mar determina el sexo: cuando se quiere hijo varón, la cabecera de la cama debe orientarse a él y realizar el coito en la marea alta. La pleamar es el momento propicio para los nacimientos y la bajamar para las muertes. Shakespeare hace morir a Falstaff entre las doce y la una al cambiar la marea.

Estos son los mares de San Borondón, la isla fantasma que aparece y desaparece según le dé. San Borondón es la versión isleña de la leyenda medieval de San Brandán, el monje escocés viajero que un día desembarcó en lo que creyó una isla y resultó ballena gigantesca.

El mar es el horizonte canario. Un horizonte en el que aparece al Este de las islas más orientales en los días claros la silueta de la costa africana. El punto más cercano del archipiélago está a menos de 100 kilómetros de sus costas. En realidad, las Canarias son islas geográficamente africanas aunque su cultura no lo sea. En realidad, buena parte de la identidad atlántica canaria reside en no ser de ninguna parte y serlo un poco de varias. Canarias no es Europa como tampoco es Africa ni América, aunque también sea todo eso. De ahí la ambigüedad y la indefinición canaria de que habla el poeta Manuel Padorno.

Cuando América entró en escena, Africa perdió importancia y los afanes se proyectarían hacia el mar de las Indias donde Canarias escribiría otra parte de su historia.

CAPÍTULO 2º

Del mar de Canarias y de las Indias

En las décadas de 1940 y 1950 cada mañana desaparecían mástiles y jarcias en el Muelle de Santa Catalina de Las Palmas de Gran Canaria. Veleros de la flota pesquera despachados para el banco canario-sahariano o cualquier otra isla cogían de tapadillo el camino de América cargados de emigrantes clandestinos y de represaliados políticos. Meses después de la misteriosa desaparición, de la noche a la mañana, de familias enteras, llegaban a las islas noticias de su arribo a Venezuela o a otros países, tras pasar las más de las veces tremendas penalidades a bordo de barquichuelos en los que se jugaban la vida. Hubo expediciones de las que nunca volvió a saberse. Las autoridades daban difícilmente visados de salida y los negaban a quienes tuvieran antecedentes políticos antifranquistas. Se estima que no menos de ocho mil isleños emigraron clandestinamente en aquellos años.

Los barcos no eran seguros y las tormentas los desarbolaban al punto de parecer restos de naufragios. Pero no importaba el riesgo: se trataba de escapar. En ocasiones, los pilotos apenas sabían lo indispensable: frente a Orchilla debían poner rumbo Sur hasta divisar Cabo Verde; entonces viraban al oeste. Era preciso virar en el momento justo, lo que llevaba a los veleros derechos a las costas venezolanas; hacerlo antes o después suponía ir a tener a las Guayanas o a Brasil.



Otros cogían la costa africana y rebasaban por el sur el banco canario-sahariano y a la altura de Dakar, ya frente a Senegal, enfilaban hacia América empujados por las brisas y las corrientes.

Durante siglos el canario en dificultades soñó con América, siempre América. Los emigrantes nunca tuvieron destino distinto. La prosperidad de algunos pueblos dependía del número de transmarinos emigrados, de sus envíos de dinero, de las herencias que dejaban o de su vuelta como indianos a establecerse.

Son las fiestas lustrales de LaPalma, las de la Virgen de Las Nieves, de las que mejor reflejan el entrañamiento canario-americano: cada cinco años miles de palmeros se dan cita en su isla de procedencia y es buena oportunidad de apreciar cómo la constante emigración de quinientos años recreó a ambos lados del Atlántico un sistema sociocultural común que engloba a las dos orillas.

Son muy profundas las raíces canarioamericanas. El propio Cristóbal Colón insistió en comparar el paisaje, los aborígenes y el clima de América y de Canarias. Da la sensación de que para Colón las islas y América eran parte separadas de lo mismo, como si creyera en la Atlántida, es decir, en la remota unión por tierra de las dos orillas, lo que explicaría las comparaciones entre las dos naturalezas. Que Canarias era América fue creencia generalizada en los primeros tiempos: era creencia común a raíz del descubrimiento. El padre Las Casas trató a Canarias como un territorio americano más y su obra fue la primera aproximación a una historia común de

Canarias y América. Los primeros cronistas consideraban a Canarias unas Antillas y a las Antillas unas Canarias por ganar.

Los cronistas no inventaban nada. La conquista y colonización del archipiélago y la de América pertenecen al mismo proceso histórico: Las Palmas de Gran Canaria fue, en 1478, la primera ciudad fundada por europeos fuera del viejo continente. En esta ciudad se inicia el proceso expansionista colonial que saltaría a la otra orilla sin solución de continuidad, a través de un océano erigido en Atlántida espiritual. Los cronistas detectaron el nexo sin forzar nada: se atuvieron a los hechos y a las concepciones de la época de las que participaba también la corona castellana.

Castilla consideró al archipiélago unas primeras Antillas que habrían de servirle de base como almacén de productos y de hombres, estación de aclimatamiento de vegetales y animales y lugar de paso obligado para cruzar el Atlántico, como antes del descubrimiento hiciera parecido papel respecto a África. Así, todas las expediciones a partir de las colombinas tocaron en los puertos canarios: Ovando, en Gran Canaria y La Gomera; Pedrarias Dávila, en La Gomera; Magallanes, en Tenerife; Caboto, en La Gomera y La Palma; Pizarro, en La Gomera; Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, en Gran Canaria; Juan de la Cosa y Américo Vespucio, en La Gomera.

El censo americano de los descubridores, conquistadores, gobernantes, colonos, religiosos, catedráticos, científicos y periodistas isleños es grande e influyente

durante el último medio milenio reforzando hasta nuestros días la dimensión americana de la identidad canaria.

Canarias fue el ensayo general de América. América reprodujo, a escala gigantesca, el drama canario de los años previos y posteriores al descubrimiento. Eran tan parte de lo mismo que los libertadores americanos diferenciaron a los canarios del resto de los españoles. En verdad, para los libertadores el péndulo que fue hacia el oeste en el siglo XV hasta los remotos confines del imperio español, debía pasar en el XIX, ya de regreso y dejando allá las jóvenes repúblicas americanas, sobre Canarias, las primeras Antillas. De ahí que sea la perspectiva americana la que alentó los brotes de independentismo en las islas, que si no cuajaron fue debido a la única nota diferenciadora de Canarias respecto a América: al carecer el archipiélago de riquezas, los reyes tuvieron que darle toda clase de privilegios para poblarlo. Mientras en América se establecieron relaciones coloniales típicas, los canarios disfrutaron desde el principio de ventajas de las que carecían incluso los habitantes de la metrópoli. El canario que vivía en las islas no percibía condición colonial alguna, entre otras cosas porque estaban inmersos en corrientes económicas y comerciales atlánticas que poco tenían que ver con la metrópoli. Era preciso distanciarse del archipiélago e integrarse en la realidad americana, en las corrientes ideológicas que surcaban el Nuevo Mundo desde fines del siglo XVIII para percibir a las islas como parte de los procesos históricos americanos, diferenciada de la

metrópoli peninsular. Dos siglos antes, en el XVI, cuando Castilla desarrollaba su conquista y primera colonización, tanto en Canarias como en América se conformaba una nueva sociedad hispánica.

El proceso de conformación de la nueva sociedad fue mucho más radical y rápido en el archipiélago. La experiencia canaria estaba viva entre los primeros que marcharon a América y por eso no les resultaron extraños los fenómenos de los que emergía allá la sociedad hispanizada. En ese contexto cultural, el lagunero José de Anchieta, redactó en el XVI la primera gramática tupí y el grancanario Silvestre de Balboa, que llegó a Cuba a los treinta años, escribió su “Espejo de paciencia”. A Balboa no se le pasó por la cabeza convertirse en padre de la literatura cubana: no hizo más que continuar la línea de los poetas isleños del XVII que comenzaban a descubrir el paisaje de las islas. Es imposible no relacionar, por otro lado, a Antonio de Viana con el Ercilla de La Araucana.

Sorprende la intensidad de las huellas isleñas en América, superiores a la de cualquier otro grupo de emigrantes, sobre todo en las Antillas y áreas del Caribe. Se debe, sin duda, a que emigraban familias enteras, lo que facilitó la práctica de una endogamia que permitió continuar cultivando allá su propia cultura. Las mujeres, las madres y esposas emigrantes, dieron cohesión a la unidad familiar isleña y son las responsables, en gran medida, de la impronta que hizo del español hablado en Canarias la base lingüística de varios países antillanos. Isleños fundaron Montevideo, Santiago de

Cuba o San Antonio de Texas, por poner unos pocos ejemplos destacados. Al canario de hoy le conmueve visitar América y sentir, intuir, las manos anónimas de agricultores, canteros, alarifes y carpinteros en los pueblos y ciudades. Aunque los hay menos anónimos, como el grancanario Lucas Báez, que fuera en el siglo XVII maestro mayor de obras de la ciudad y de las fortificaciones de Cartagena de Indias. En Cartagena de Indias están los mismos balcones volados de La Habana habituales en el archipiélago. Sin embargo, mientras en Cuba y Venezuela la huella canaria sigue viva en la población de hoy, en Colombia se ha perdido la memoria de la expedición a Santa Marta de Pedro Fernández de Lugo, segundo Adelantado de Canarias, financiada con dinero canario. Lugo remontó el río Magdalena, fundó a sus márgenes la localidad de Tenerife y envió al interior a Jiménez de Quesada, quien, tras protagonizar una de las marchas más duras de la epopeya americana, fundaría Santa Fe de Bogotá, capital de Colombia. Su hijo, Alonso Fernández de Lugo, dejó como gobernador de Santa Marta memoria de codicia y crueldad. Francisco Bahamonde de Lugo, primo de Alonso, fue gobernador de Cartagena a partir de 1574 y bajo su mandato se construyó el Castillo de San Felipe que jugó un importante papel en la defensa de la ciudad contra el ataque del corsario inglés Francis Drake, viejo y temido conocido de las islas. Otro isleño, Manuel Sosa Bethencourt, fue obispo de Cartagena hasta 1764, año en que fue nombrado arzobispo de Bogotá, muriendo antes de tomar posesión. Es evidente que es la

emigración anónima de familias modestas, que realizan en silencio su trabajo diario, la que deja huella popular viva, y no las grandes proezas militares.

Son infinidad las advocaciones religiosas compartidas por influencia de los indianos aquí o de los emigrantes allá. En la localidad de Santiago del Teide hay un monumento al famoso médico milagrero venezolano José Gregorio Hernández, muy estimado por los sanadores populares. Patronazgos comunes, imaginería, orfebrería y elementos frutales y florales en la decoración de infinidad de retablos de las iglesias isleñas son otra huella. Siempre, al final, el acto de acción de gracias o el pago de alguna piadosa promesa indiana.

De Canarias fueron para América las primeras cañas de azúcar. Y de allá vinieron las papas, las calabazas, el millo, el tomate y el cacao, entre otros regalos. No se concibe hoy en Canarias una comida sin papas. La piña de millo tierna y entera se toma en potajes y pucheros. El frangollo, a base de millo, leche, almendras, pasas y azúcar pertenece también a la cultura de este cereal que enriqueció la gama de granos con que se elabora el gofio. En Venezuela y en Canarias los sancochos y los potajes sólo se diferencian por el añadido americano de la yuca y la mandioca.

A través del folklore musical se establecieron nuevos nexos. El baile del “canario”, que subsiste parcialmente en el sirinoque palmero, contribuyó a la creación de danzas criollas. La décima, masivamente cultivada hoy en Cuba, fue introducida por los isleños.

La contiguidad geográfica africana, la pertenencia a

España, que le proporcionó a las islas una cultura europea matizada y adaptada y la estrecha comunión con América son, desde luego, un tópico tan dado por supuesto que apenas se profundiza en él. Sin embargo, cada vez que se analiza, surgen nuevas y complejas implicaciones. Así ocurre que, ya se ha dicho, el canario no es de ningún lado sino algo de cada sitio: esa es la clave de su identidad por cuanto pone de manifiesto el atlantismo del archipiélago valorado durante demasiado tiempo como mero incidente de ubicación geográfica.

De esa ambigüedad participó don Benito Pérez Galdós. En 1901 los canarios residentes en Madrid le organizaron un homenaje con motivo de su cumpleaños. Todos, al margen de ideologías, independentistas incluidos, suscribieron el discurso escrito por don Benito para dialogar entre canarios que hoy conocemos como “La fe nacional”, en el que Galdós proclamó la españolidad de Canarias. La intención política era clara: en 1898 las islas estuvieron a punto de ser invadidas por los americanos y desistieron gracias a las garantías que le dieron los ingleses de que no ayudarían a España en Cuba. Los intereses británicos en Canarias eran entonces muy importantes y la idea de modificar la soberanía sobre las islas seguía presente aún después de haber acabado la guerra de Cuba. El discurso de Galdós optaba claramente por la soberanía española, pero, significativamente sin rechazar por ello la fuerte presencia británica en las islas que justificaban las expectativas angloamericanas. De nuevo la indefinición determinada por la condición atlántica que obliga a depender de quienes dominan el

océano, sin renunciar por ello al referente cultural europeo que era - y es - España.

La formación y expresión americana del atlantismo canario supuso el alejamiento del ámbito africano: Canarias se asoma ahora al Mar de las Antillas. Si los ataques de los piratas Arráez y Soliman representaron la dimensión africana, Raleigh, Robert Blake, Jennings, Devereaux, Morgan, Windham, ilustran el periodo antillano. Entre los ataques más recordados figuran el de Drake a Las Palmas en octubre de 1595. En 1599 el holandés Pieter Van der Does tomó y destruyó la hoy capital grancanaria. En julio de 1797, el Almirante Horacio Nelson atacó Santa Cruz de Tenerife. Nelson fue derrotado por los tinerfeños y perdió un brazo en la refriega de un certero proyectil del cañón Tigre. El 24 de julio de 1797, un día antes del ataque, está fechada la carta que Nelson dirigió al duque de Clarence y que la historiografía santacruzera considera la última que escribiera el almirante británico con el brazo derecho. Durante trescientos años los canarios trabajaron los campos con las armas a mano dispuestos a acudir a las playas o murallas a enfrentar los intentos de invasión.

La tecnología de la navegación marítima en el Atlántico es factor de incidencia definitiva en la conformación histórica de la sociedad canaria. La posibilidad de navegar con seguridad puso el archipiélago al alcance de los conquistadores y las mejoras en las artes de marear y el incremento de la capacidad de carga de los navíos están en el arranque del comercio como actividad económica autónoma respecto a la agricultura.

ra. La generalización del vapor en la navegación permitió la introducción del cultivo del plátano y luego del tomate. El vapor liberó a los navíos de los vientos y posibilitó las producciones de frutos para el consumo en fresco en los distantes mercados europeos. Antes del vapor sólo podían enviarse productos impercederos o de larga duración. Lo mismo que hoy la aparición del jet en la aviación hace posible el turismo de masas que ha transformado a Canarias de sociedad agraria en sociedad de servicios.

El mar de Canarias, con su extensión pesquera en la costa africana y su proyección espectacular hacia América, es un continuo histórico en trance de desarbolamiento. La entrega del Sahara a Marruecos en 1975, no sólo convirtió a Canarias en frontera de un conflicto armado, sino que le recortó su capacidad de movimiento en el mar africano, que se aleja a pesar de estar a pocas millas de las costas isleñas, casi perdido ya en juego de negociaciones y de conveniencias de Marruecos y de la Unión Europea, que pone nuevamente de manifiesto la dimensión atlántica e internacional de Canarias. De Africa sigue llegando la arena del desierto empujada por el siroco cálido y alarman las noticias de langosta en Mauritania. El canario cuando viaja a cualquier lugar de España ha de atravesar mar o cielo internacional y de soberanía marroquí. Incluso para viajar entre algunas islas ha de atravesar espacios internacionales que refuerzan una especie de síndrome de precariedad largamente incubado en la experiencia de quinientos años de la dura historia de las islas. Esa

precariedad nace de la extrema sensibilidad del archipiélago a cuanto ocurre en su mar, lo que constituye un factor de diferenciación tan poderoso como lo que pueda significar la existencia de un idioma propio.

CAPÍTULO 3º

De los mares de tierra adentro

Aún es posible encontrar en las medianías altas y en las cumbres pastores enfundados en sus gruesas mantas de lana, con una lanza de madera hincada en el suelo y dando órdenes al perro mientras le tira piedras para indicarle el lado por el que debe entrarle al ganado. Hasta no hace tanto, cuando las comunicaciones eran difíciles, los pastores practicaban la trashumancia y pernoctaban en las cuevas que seguramente ya utilizaban los aborígenes. Hoy las cosas han cambiado mucho y el pastor puede, al término de la jornada, volver a dormir en casa. No obstante, muchos prefieren todavía dormir cerca de sus rebaños.

Los pastores conservaron la mayoría de las escasas huellas de la cultura prehispánica llegada hasta nosotros. El pastoreo de cabras y ovejas -el vacuno lo introdujeron los castellanos- fue la forma de vida de los aborígenes aunque, al parecer, en Gran Canaria la agricultura llegó a ser la principal actividad aborigen. No es extraño, pues, que los primeros colonos de Tenerife pusieran a su cargo los ganados: nadie como ellos sabía de animales y de los intrincados vericuetos de la isla. Conocían los senderos, los nacientes de agua y los pastos y en las islas más montañosas sólo ellos eran capaces de andar por andenes y desriscaderos detrás de animales desaviados.



THE BLACK CRANE

PUBLY

Destaca entre los utensilios de los pastores la lanza, como llaman en La Palma y en distintos lugares de Tenerife a la vara larga de la que se valen para triscar los montes, salvar barrancos y descender laderas arriscadas. También recibe, según islas, los nombres de garrote, garrocha, astia, lata y regatón. El palo se encaja por su extremo más grueso en un punzón de hierro de forma similar a las pértigas atléticas. La vara suele ser de pino.

Las lanzas, garrotes, palos, astias o latas no tienen medida fija. Oscilan entre los dos y los cuatro metros, según el lugar donde se emplean y el gusto o las necesidades de quien las usa. Las de las Caldera de Taburiente alcanzan los cuatro metros porque los riscos a salvar son mayores.

Los aborígenes tuvieron infinidad de palos de distintas formas, tamaños y utilidades, que resultaban mortíferos en la pelea. El juego del palo o la lucha del garrote es una especie de esgrima que da idea de la eficacia de los palos aborígenes para el ataque y la defensa. Hay noticias de Cuba de canarios que se enfrentaron con éxito a los machetes criollos y se cuenta de su uso por el batallón de Gran Canaria contra los franceses de Napoleón en tierras peninsulares.

De entre las prácticas ganaderas prehispanicas llamó la atención de los antiguos cronistas la habilidad con que contaban el ganado los pastores guanches. El sistema de conteo carecía de base aritmética y servía igual a los pastores analfabetos incapaces de hacer operativo un numeral. Hay pastores que admiten no saber exactamente el número de animales de su rebaño

pero notan enseguida cuantos y cuales le faltan. Dicen que los conocen “personalmente”. Es como un catálogo visual, basado en los colores y en el temperamento de los animales, un cliché mental del rebaño utilizado de referencia en el momento de la observación de manera tan precisa que permite identificar de inmediato las cabras o las ovejas.

Las ferias de ganado son ingrediente fuerte de las fiestas populares campesinas. Se premia a los mejores animales y se cierran compraventas de ganados. Los entendidos son capaces, al primer golpe de vista, de calcular el peso en vivo y en canal de la res a base de toquetearla rápidamente con mano experta y sumar el número de cuartas desde la pezuña de la parte delantera, en la raíz del pelo, hasta lo alto de la cruz. La edad la averiguan por la dentadura y por los cuernos en el caso de vacas o cabras. Se trata de una sabiduría popular, hija de la observación y que responde a fundamentos científicos reconocidos.

Entre los animales útiles introducidos en Canarias figura el dromedario, que en las islas nadie conoce por otro nombre que el de camello. Prestó grandes servicios a los labradores de Lanzarote y Fuerteventura y de las partes bajas de Gran Canaria y Tenerife, pues no se desenvuelven bien en zonas montañosas. Servían para todo, para arar o trillar, para moler grano, para trasladar cargas pesadas o acarrear agua a cambio de una alimentación frugal. Hoy sólo tienen uso turístico.

Los primeros camellos los trajo de Africa, en el siglo XV, Diego de Herrera durante sus expediciones al conti-

nente en busca de esclavos. Se adaptaron de tal manera que Fuerteventura creó una raza autóctona, el camello majorero, más poderoso y de mejor apariencia que el moro. Fuerteventura llegó a exportar camellos a Africa.

El oficio de camellero no era cualquier cosa pues requería especiales dotes de psicólogo para controlar a un animal inteligente pero irascible, con temibles accesos de cólera y un celo peligroso. El camello está muy presente en las tradiciones populares de algunas islas y los habitantes del Tostón, en Fuerteventura, dicen ver en determinados días, al salir el sol, cruzar de poniente a naciente, por las llanuras de La Manta, grandes legiones de hombres y camellos que lentamente desaparecen a medida que el sol avanza en el cielo.

El mundo aborigen se vino abajo con la conquista. La introducción de útiles de hierro aumentó la capacidad de roturación de suelos y la tala de los montes que produjeron de inmediato transformaciones irreversibles de la naturaleza canaria. La demanda para cocer el guapero en los ingenios azucareros del XVI gravitó sobre los bosques de islas como Gran Canaria, ya castigados por la necesidad de crear superficies para el cultivo. La madera era imprescindible para la construcción de casas y de barcos. Las talas fueron masivas y poco controladas. Los aborígenes, que basaban su economía y su sociedad en el uso comunal del monte y en el paso franco de sus ganados de unos pastos a otros, se vieron sometidos a la fuerza a un modo de producción distinto, basado en la propiedad privada, que afectaba directamente a su forma de vida. Los conquistadores convirtie-

ron a los aborígenes en ladrones e individuos asociales por el hecho de querer continuar con sus prácticas de siempre. La organización tribal no servía en la nueva sociedad. Fue un trauma profundo.

Nada más concluir la conquista de Gran Canaria, Pedro de Vera trajo de Madeira maestros azucareros que enseñaran el cultivo de la caña y la elaboración del azúcar con tanto éxito que pocos años después de concluidas las hostilidades contaba la isla con no menos de doce ingenios y dicen que llegaron a haber hasta veintidós. De Gran Canaria fue llevada la caña a América y pronto las producciones antillanas y brasileñas comenzaron a drenar el negocio que ya hacia 1560 estaba en franca crisis. A mediados del siglo XVII, Gran Canaria, la gran productora del siglo XVI, tenía que comprar azúcar para su abastecimiento. Con el azúcar iniciaron las islas la serie de etapas exportadoras, extrovertidas, que contrastaban con el interiorizado mundo aborígen destruido y su continuación hispanizada en la agricultura del grano y de las huertas y frutales y en la ganadería. La dualidad interior-exterior comenzó a operar. Mientras al interior se implantó una agricultura convencional orientada al autoabastecimiento, al exterior se aprovecharon las condiciones climáticas para cultivar productos exóticos que exportar a los lejanos mercados europeos y americanos donde alcanzaban precios elevados. Así obtenía el archipiélago los fondos necesarios para adquirir los productos de importación.

El segundo cultivo de exportación fue el vino. Los viñedos habían sido introducidos por los conquistadores

para el autoabastecimiento pero en el siglo XVI Tenerife ya producía 3.500 pipas anuales, insuficientes todavía para el mercado exterior. Años después, cuando se dispuso a exportar, hubo de enfrentar la enemiga de los productores peninsulares, decididos a eliminar la competencia canaria en los mercados americanos del sur y del norte. Pero el malvasía y el vidueño tinerfeños ganaron la batalla. Shelley, Keats y Defoe, entre otros, los elogiaron y Shakespeare, además de consumirlos, les dió entrada en su “Enrique IV” y no permitió beber otra cosa a Falstaff. El vino atravesó diversas vicisitudes como producto de exportación y su agonía se prolongó hasta principios del siglo XIX y ha iniciado hoy una considerable recuperación gracias a la demanda de los propios canarios que recuperan la estima por sus cosas.

El siglo XIX fue el de la cochinilla. En Canarias tuvieron siempre importancia plantas tintóreas, como la orchilla, pero habría de ser este insecto, parásito del nopal, quien proporcionara años de extraordinario esplendor económico -un río de oro- antes de hundirse bruscamente su comercio en los años 70, al descubrirse las anilinas sintéticas que sembraron la ruina entre los agricultores canarios. El hundimiento de la cochinilla trajo el intento de implantar lo que los economistas llaman el “ modelo cubano” del azúcar y el tabaco. La ciudad grancanaria de Arucas cubrió su vega de caña de azucarera, pero iban a ser el plátano y el tomate los que se impondrían, de mano de los ingleses, como los primeros productos de exportación. Tras algunos intentos de recuperar el cultivo de la caña, en el mismo siglo

XIX, las islas se decantaron por el plátano y el tomate con la misma finalidad exportadora.

Desde los primeros momentos comprendieron los conquistadores que no abundaban las aguas en las islas. Aunque haya islas mejor dotadas, pues no es lo mismo La Palma que Lanzarote y Fuerteventura. Las aguas fueron, así, objeto de especial atención en la nueva sociedad. Los heredamientos, que surgieron enseguida para regular su uso, forman parte del acervo jurídico canario y la perforación de pozos y galerías, dada la gran demanda de agua para los cultivos plataneros, se convirtió en excelente inversión a partir del siglo XIX. Desde el aprovechamiento primitivo de los cursos superficiales de agua hasta las modernas tecnologías de desalación y depuración discurre toda una cultura popular acumulada del agua que comprende la aplicación rutinaria de principios mecánicos complejos, de conocimientos específicos de hidrodinámica y fundamentos sofisticados de construcción y albañilería que salpican la geografía canaria de cantoneras, arquillas, casas del agua, canales, atarjeas, aljibes, gavias, maretas y estanques. La cultura y la arquitectura del agua, su cuidado y la manera meticulosa de distribuirla y de defender cada cual su derecho a utilizarla, forman parte de la identidad isleña.

Cada isla afrontó su problema del agua como mejor pudo. Las bien dotadas regularon manantiales y arroyos y perforaron pozos y galerías. Las secas, que no contaban con otros caudales que los llovidos, se las ingeniaron para captar y almacenar la lluvia y desarrollar

cultivos, como los enarenados lanzaroteños, que la economizaron. En El Hierro contaron los bimbachos con el maravilloso “Garoé”, un gigantesco til que condensaba las brumas del alisio y lo hacía manar en forma de agua por sus ramas y hojas hasta unas pocetas practicadas en la roca, al pie. El Garoé lo derribó un huracán en 1610, pero allí siguen las pocetas y el intento de reproducir el fenómeno con la plantación de especies arbóreas adecuadas.

El esfuerzo titánico por conseguir agua y llevarla a los cultivos lo reflejan, de forma espectacular, los calabazos palmeros. La Palma es la isla hidráulicamente mejor dotada pero la orografía no ayuda a que el agua alcance con facilidad a los lugares de cultivo. Los calabazos del valle de Aridane son una forma ingeniosa de elevar el agua a brazo desde el canal o el arroyo por el que discurre a los cultivos situados por encima del curso. Son recipientes unidos a un palo lo bastante largo como para alcanzar a colocar el agua en el nivel o escalón superior. Se trata de un trabajo coordinado en equipo de tantos hombres como escalones sea necesario subir para llegar a los terrenos altos que se pretende regar. Hoy los calabazos son más que nada una práctica deportiva, de piques y apuestas, o de exhibición, pero no dejan de constituir una de las mejores expresiones de la relación del isleño y del agua, su obsesión .



CAPÍTULO 4º

Mares de fiesta

Durante la segunda mitad del siglo XX la sociedad canaria comenzó bruscamente a dejar de ser agraria. El jet borró las distancias, acercó las islas a Europa en horas de vuelo y posibilitó el turismo de masas que, junto con el comercio y la actividad portuaria, determinaron su conversión en una sociedad de servicios. De nuevo, pues, la tecnología de los transportes y las corrientes económicas y comerciales dominantes en el Atlántico determinaron el modo de vida de las islas. Si la latitud procura un clima propio para la industria turística, la rapidez del transporte aéreo permite utilizarlo para satisfacer la demanda de ocio de casi 10.000.000 de turistas anuales. El jet ha sido tan revolucionario para la estructura económica canaria como lo fuera la generalización en el siglo pasado de la navegación marítima a vapor. El vapor permitió la introducción de los cultivos de plátano y tomate para su consumo en fresco que dieron una alta rentabilidad a la agricultura canaria.

Canarias siempre estuvo estrechamente vinculada al exterior debido a su enclave estratégico entre tres continentes. Pero esa relación no era tan acuciante como la que hoy han establecido fenómenos como los de la mundialización de la economía y de los medios de comunicación. La tendencia a la homogeneización cultural, impulsada sin desmayo por vehículos como los audiovisuales, unidas a la paulatina pérdida de sus refe-

rentes agrícolas tradicionales, está provocando en Canarias una reacción que se refleja con la mayor espontaneidad en las fiestas populares de las islas, por ejemplo.

La Rama del valle de Agaete es buen exponente. La Rama se inicia en la noche del 27 de junio. Desde las ocho o las nueve, los romeros se preparan para la dura subida de 1.400 metros, desde el fondo del valle al pinar de Tamadaba que corona el impresionante macizo. Buen calzado, ropa de abrigo, algo de comida y los inevitables timple y las no menos numerosas guitarras les acompañarán en la dura caminata que se inicia a media noche y que discurrirá primero por zonas de cultivo, luego por zonas de naturaleza virgen y que pasará después por cuevas como las de Berbique, que fueron habitadas por los aborígenes prehispánicos, con un descanso en la era de Berbique donde se inicia el tramo más duro hasta el Cejo de los Halcones, al pie mismo del pinar, donde aguardarán los romeros al alba. La mayoría son jóvenes a los que el esfuerzo físico, la música, el alcohol y la comunicación con sus compañeros acaban por insuflarles el sentido todavía oculto de un ritual iniciático en un marco natural imponente que se antoja misterioso y mágico. El origen de esta fiesta, relacionada con la vieja práctica del carboneo, se diluyó para dar entrada a nuevas significaciones.

Al alba se reemprende la marcha y tras rematar la subida a Tamadaba y hacerse con los ramos de pino, de eucalipto y de poleo, comienza la difícil bajada. Mientras, abajo, en el pueblo, las gentes aguardan a que allá, en lo alto de la montaña de Berbique asomen los prime-

ros romeros que con el sonido de las caracolas, los voladores y los vivas a San Pedro dan la señal de preparar el recibimiento. Entre las nueve y nueve y media de la mañana los romeros llegan a la Era del Molino donde los vecinos les dan de desayunar, mientras aguardan la llegada de la banda de Agaete que a las diez de la mañana en punto pone en pie con sus ritmos estridentes un auténtico bosque danzante que tardará cinco horas en recorrer los dos kilómetros que les separa de la plaza de la iglesia donde les aguarda San Pedro que acabará cubierto con las ramas depositadas a su pie por los romeros.

La otra Rama agaetense, la que se celebra en el casco de la villa a principios de Agosto tiene el mismo sentido de comunión en la canariedad, de afirmación de la pertenencia a un pueblo. El ron, el sudor, el calor veraniego, el stress, todo contribuye a una especie de catarsis colectiva: es un pueblo que se expresa, que se remonta por encima de sus tribulaciones diarias para entregarse a un rito incomprensible para quienes no se sumerjan en él. Muchos consideran la Rama legado aborigen y ven en la del casco reminiscencias de la invocación mágica de la lluvia. Los romeros bailan durante horas en el pueblo para seguir luego, sin dejar de bailar, hacia el Puerto de las Nieves. Allí sumergen los ramos en el mar y asperjan a los cielos en demanda de lluvia antes de despositarlos a los pies de la Virgen de Las Nieves, una tabla flamenca de 1502.

La apelación al pasado, la elección de un hecho para erigirlo en símbolo integrador de una forma de sentir, es

una forma de autoafirmación. Destacan las fiestas por su carácter físico, sensorial, de comunión multitudinaria y estruendosa, pero algo parecido ocurre en otras fiestas más regladas, por decirlo así. La nueva sociedad canaria va perdiendo sus referencias campesinas y ganaderas de siglos pero no por ello se abandona el uso de los símbolos y de los objetos agrarios, de los útiles de labranza, de las vestimentas, del consumo de productos genuinos del campo elevados al más alto rango de la gula y golosinería popular y el gusto exaltado por las artesanías isleñas. Es otra forma de proclamar el deseo de no renunciar al pasado, de buscar a través de la fiesta su conexión con él, con el mismo contenido de reafirmación colectiva de una sociedad cada día más alejada del entorno y de los condicionamientos rurales marcados por el paso de las estaciones que determina las faenas del campo: siembra, recogida de la cosecha, vendimia. La ofrenda del Ramo en Arure, La Gomera, por ejemplo, está cargado de profunda simbología campesina. El Ramo es un pequeño árbol formado por un tronco de cañadulce forrado de helechos de flores que lleva en su interior productos cosechados en la comarca. Cada año una familia se encarga de confeccionarlo y tras pasearlo por el pueblo entre bailes y voladores dominados por la obsesiva percusión de las tamboras, lo lleva a casa de la familia a la que corresponde hacer el Ramo del año siguiente, que lo recibe y se lo queda para consumirlo.

Gran atractivo de las fiestas populares son las luchadas. Más vale maña que fuerza. El viejo adagio refleja la actitud isleña ante su principal deporte autóct-

tono. Aunque admire la fuerza, la potencia física, lo que llama poder, el canario vibrará cuando en el terrero de lucha un luchador menudo, de poca estatura y escaso peso, logre tirar por mañas a otro por encima del 1,85 y más de 100 kilos. El chico tiró al grande dice una copla regocijada de que la fuerza no garantice el triunfo. La lucha combina agilidad, habilidad, astucia y fuerza sin que ésta sea factor decisivo.

Hoy la lucha canaria es deporte de competición por equipos pero no siempre fue así. Antiguamente los hombres luchaban por el gusto de medir sus fuerzas aún a solas o en presencia de algunos amigos. Se ponen frente a frente, agachados, cada uno agarrando al otro con la mano izquierda por el borde de los fuertes calzones de brega. Luego tratan de desequilibrarse con suertes de manos, piernas y caderas. Pierde el que toque la arena con cualquier parte del cuerpo que no sean las plantas de los pies. Por equipos pierde aquel al que le tiren a todos sus luchadores. Si a un equipo sólo le queda un luchador en pie deberá enfrentarse, lucha a lucha, con los que queden del equipo contrario y hay casos famosos de grandes luchadores que acabaron derribando a sus rivales, uno detrás del otro. Los hay históricos que dieron buena cuenta de hasta quince contrincantes .

La lucha dió el salto a América con los emigrantes, que organizaron allá luchadas. En la de Matanzas, con motivo de las fiestas de Candelaria de 1872, se elaboró el primer reglamento conocido de este deporte autóctono.

Formidable luchador fue José Rodríguez Franco, apodado Faro de Maspalomas. A sus gestas en los terrores se añade el haber convertido en deporte-exhibición el levantamiento del arado. El Faro, con 1,98 de estatura y más de cien kilos de peso, bebió en las mismas raíces de los deportes populares. Practicó la lucha hasta los 48 años y estuvo levantando el arado hasta que cumplió los 70. Sus entusiastas le consideraron un superhombre del siglo XX.

Levantaba grandes arados agarrándolos por un extremo del timón: en el otro, para hacer más dificultoso el ejercicio, le ponía las demás piezas y diversos aperos de labranza con el añadido de sacos de arena. Lo elevaba lentamente y cuando lo tenía en la vertical jugaba con él, lo sostenía con la palma de la mano, con un sólo dedo, lo cambiaba de mano y de dedos antes de iniciar el descenso, que era la operación de mayor dificultad: debía bajarlo muy despacio porque si lo dejaba caer de golpe podía romperse alguna pieza o rebotar en el suelo y darle un buen golpe.

El levantamiento del arado no es sólo fuerza sino habilidad. Es preciso, decía el Faro, tener mucha muñeca, fuertes brazos, cintura y mejores piernas, además de colocarse en buen equilibrio sobre el suelo. Cuando murió el faro de Maspalomas ya había creado escuela. Francisco Luis Santana es uno de sus continuadores.

Las romerías son otra cosa. Quizá sean lo que mejor refleja los procesos sociales, la evolución de la sociedad en fiesta, que dramatiza sus orígenes campesinos me-

diante el recurso a atuendos típicos y objetos campesinos en gesto de autoafirmación canaria. En las romerías, predominan los aspectos profanos y lúdicos, el dar rienda suelta a la gula, al consumo de productos de la tierra y a la exhibición y venta de habilidades artesanas que encuentran en ellas buen mercado.

La romería de San Isidro, en La Orotava, data del siglo XVII. La romería de La Orotava destaca por el control que sobre ella ejercen las clases adineradas y la aristocracia, aunque en los últimos años el Ayuntamiento ha introducido elementos más populares.

Asombra la cantidad de variedades de quesos que hay en las islas, la mayor parte de ellos artesanales. El queso fue una de las primeras incorporaciones a la cultura canaria a raíz de la conquista. Los quesos artesanos se elaboran a partir de leche cruda de cabra mezclada, algunas veces, con leche de vaca o de oveja o de las dos. Antes de que la leche ordeñada se enfríe, se le agrega cuajo de cabrito. La cuajada se deja un rato en reposo y después se desmenuza para quitarle parte del suero y se coloca en las pletas o aros y se prensa con las manos para desuerarlo por completo. Dicen que la gente con manos calientes no sirven para hacer queso. Luego se sala y se introduce en cuevas o en cámaras donde permanecen unos dos meses. Algunos quesos se someten a otros tratamientos, como el grancanario, de Guía, al que se le añade flor de cardo. En La Palma existe una especialidad de queso ahumado. Aunque Gran Canaria sea la isla con mayor variedad de excelentes quesos, es muy conocido el majorero, de la isla de Fuerteventura. Y

junto al queso, el vino. El vino de las islas, famoso en otro tiempo, se apagó luego aunque no por ello dejaron los isleños de apreciarlo.

Hay tradiciones relacionadas con el vino como la misógina de no permitir la entrada de mujeres en las bodegas, pues existe la creencia de que la menstruación avinagra los vinos. Esta discriminación no es cosa de broma en varias islas. Aunque el encargado de la bodega nunca haya visto que se avinagre el vino por esa razón, por más que se le obligue a reconocer que no conoce a nadie que lo haya visto e, incluso, llegue a confesar que no cree que tal ocurra, no dejará entrar a la mujer alegando un prudente por sí o por no, al que recurrió un bodeguero del Monte Lentiscal grancanario que todavía no se ha recuperado de la vez en que las hijas del dueño y sus amigas tuvieron la ocurrencia de meterse a pisar uva en el lagar.

CAPÍTULO 5°

Mares de fuego

La noche del 27 de marzo de 1761 cundió la alarma entre los habitantes de Tacoronte y El Sauzal, en Tenerife. El mar aparecía incendiado y todos dieron por hecha la llegada del fin del mundo. Las iglesias se abrieron y la gente se atropellaba a confesar sus culpas antes de que se los tragaran los barrancos de fuego que se les venían encima. Los curas exhortaron a los fieles al arrepentimiento, pero, cuando amaneció el día 28 sin que nada hubiera ocurrido, se tranquilizaron y como el fenómeno fue remitiendo en las noches siguientes hasta desaparecer, todos volvieron a las andadas. Quizá fueran los pescadores los únicos que no se inquietaron: ellos sabían que el fuego aparente lo provocaban unas algas, que llamaban ardentia, que hasta arrojan chispas sin hacer daño a nadie.

Fuegos marinos son también los de San Telmo, provocados por la electricidad estática que dejan tras de sí las tormentas. Colón los tuvo en su segundo viaje sobre la verga del juanete en medio de la tormenta y los tomó como preludio de ventura, que siempre fue optimista el Almirante. Fuegos de tierra son los fatuos, provocados por la putrefacción de sustancias orgánicas, animales o vegetales, y que suelen elevarse tras las tapias de los cementerios, lo que fue suficiente para que se les relacionara con las almas de los muertos.

Y hay fuegos jubilosos, festeros, como son los

artificiales sin los que unas fiestas populares no se conciben. Tiempo hubo en que no había parto de vaca o bautizo de criatura que no se resolviera con tracas de voladores. En Los Realejos la artesanía pirotécnica tiene su principal centro y fabrica la mayor parte de los fuegos que se queman en el archipiélago. El gusto isleño por los voladores proviene, al parecer, de los numerosos moriscos que se residenciaron en Canarias, bien sometidos a esclavitud, bien huyendo de las persecuciones peninsulares.

Pero para fuegos, los de San Juan. Son diferentes. Son fuegos de purificación que se concentran en una noche especial, la del solsticio de verano cuando las brujas se ponen como locas, y los herboristas se disponen a recoger las hierbas curativas que, es fama, son más poderosas si se recogen por San Juan. Las hogueras y fogaleras, además de permitir liberarse de los trastos viejos de la casa -una purificación después de todo- alejan los maleficios y preservan a quienes las saltan un número impar de veces la salud de la piel. Si alguien se mira por la mañana en una palangana de agua dejada al sereno de la noche sanjuanera y no ve su rostro reflejado morirá en ese año. Las muchachas pueden saber, gracias a la magia de la fecha, si se casarán pronto, si el futuro marido será o no hombre de teneres y hasta su nombre entre la infinidad de pretendientes que se le supone. Los que van para calvos tienen sus últimas oportunidades por San Juan, si se arrancan unos cuantos pelos y los colocan en un canuto de caña ruesa que estuviera plantada.

Por San Juan los pueblos compiten en hogueras. Cada cual aspira a hacer la más grande y las montañas y laderas se pueblan de luminarias que contribuyen a embrojar el ambiente. En El Amparo, Icod de los Vinos, los fuegos de San Juan están presentes en el ritual de los hachitos. Se hacen figuras de fuego en las laderas y los vecinos sacan a la calle la noche de San Juan los hachitos que han construido en secreto y llevan hasta lo alto de la montaña. Los fuegos de San Juan, en fin, entroncan misteriosamente a las islas con las tradiciones europeas vinculadas al pasado pagano.

Pero es, sobre todo, la noche de las brujas y hechiceras, las practicantes de la magia negra que buscan el daño de los demás frente a las santiguadoras, las de la magia blanca beneficiosa para sus semejantes. Las brujas y hechiceras, pues, son el mal, lo negativo contra lo que debe estarse preparado, mientras que las santiaguadoras suelen conseguir el respeto y el cariño de sus convecinos que representan lo positivo, lo bueno. De por medio andan los curanderos y curanderas que, aunque en ocasiones, se deslizan hacia prácticas mágicas, son, en realidad, depositarios de un extenso legado de medicina popular mediante el empleo de remedios a base de plantas y productos animales y minerales con capacidades reales de curación o alivio. Si la bruja está poseída por el espíritu del mal, utiliza poderes ocultos y se comporta de manera antisocial, la hechicera se mueve por mala voluntad y no utiliza poderes misteriosos sino métodos y recursos conocidos que puede utilizar cualquier persona, como brebajes, filtros amorosos, la



fuerza en la vista para provocar el mal de ojos y demás. La santiguadora, por su parte, se limita a hacer la señal de la cruz sobre el paciente mientras pronuncia sus rezados. No receta remedios concretos sino que se apoya en su fe religiosa y en la de la persona que se somete a él. El curandero o curandera lo mismo cura los maleficios producidos por la hechicería o los anula, que receta remedios científicamente válidos producto de tradiciones acumuladas por la observación y la necesidad a la que proporciona materiales la riqueza florística del archipiélago. Entre las plantas autóctonas canarias, con aplicaciones medicinales, figuran el alpiste para los males de orina y de piedra; el polvo de jugo de cardón, obtenido por desecación para el tratamiento exterior de los huesos cariado; la infusión de raíz o corteza del cornical como purgante; el jarabe o la infusión de las hojas de culantrillo contra la ronquera, la tos y el asma húmeda; o la gomaresina de tabaiba dulce que cuando se coagula al sol pierde el olor y el sabor áspero y picante y puede mascarse para salivar y fortalecer las encías. El hinojo, la magarza contra los dolores de muelas, el pino y la ruda encuentran aplicaciones entre otras muchas plantas. El jugo de la resina de drago, obtenido por sudoración del tronco herido en verano, es indicado por la disentería, las hemorragias y los flujos de vientre. Aplicado al exterior, la sangre de drago seca úlceras y cicatrices, limpia los dientes y fortalece las encías. La vinagrera, el ajo, el poleo, el berro, la albahaca, el llantén, el pazote siguen completando el considerable listado de lo que la naturaleza proporciona.

En Canarias han existido múltiples prácticas de brujería que los emigrantes llevaron a América. Hubo tiempos en que los canarios eran reputados de brujeros o babujales por los negros cubanos que singularizaban por esa razón a la colonia isleña. El hecho de que en la emigración canaria participaran familias enteras favoreció allá una endogamia que mantuvo enteros los rasgos de la cultura popular de las islas y en el que, quizá, la propia brujería jugó un papel de refuerzo hacia adentro de su unidad detectada desde afuera como elemento característico.

Sorprende que los gallegos, a pesar de contar con una brujería milenaria, compleja y poderosa no fueran caracterizados de brujos como sí lo fueron los canarios, que llegaron a ser temidos por los negros practicantes de la rica santería cubana. La santería la integran un conjunto de creencias y de prácticas cargadas de poesía e imaginación que permitieron a los esclavos africanos mantener la esperanza de burlar la fatalidad de haber sido arrancados brutalmente de su tierra natal. Los canarios aportaron a la santería cubana el uso del ajo.

Son numerosos los cuentos de brujas que iban y venían en unos minutos a Cuba o que propiciaban tan rápido viaje a sus clientas bien para comprobar si el marido les seguía siendo fiel o para pasar con él una noche.

De las Indias semos,
de La Gomera venimos,
y hace unos minutillos
que de allá salimos.

Las islas cuentan con numerosos Llanos de las Brujas donde se celebraban los aquelarres a los que llegaban montadas en machos cabríos y en pírganos o palos de escoba. El aquelarre lo presidía el diablo en forma de cabrón. El ungüento con que se untaban el cuerpo, a base de belladona, mandrágora, estramonio y beleño tiene poderes alucinógenos al ser absorbido por la piel, por lo que las brujas sentían la sensación de que, en efecto, volaban. El baile del gorgojo lo identifica Lothar Siemens como baile de brujas. Otro baile, el llamado del rosario de mi comadre, que Cuscoy describe como infantil, contiene elementos del gorgojo y una solapada irreligiosidad.

No hay constancia de que los aborígenes practicaran la brujería pues de los procesos seguidos por la Inquisición se desprenden sólo influencias europeas -Castilla, Andalucía y Portugal-, morisca o berberisca y con incidencia insignificante, la de negros, judíos y gitanos.

Hoy nadie teme que la noche de San Juan las brujas se echen a la calle para hacer daño. Ya la gente no se cuelga al cuello los detentes, ni colocan tijeras abiertas en cruz bajo la almohada, ni se vela el sueño de los recién nacidos para impedir que les chupen la sangre o los secuestren. Los niños pequeños y los animales no llevan cintas rojas para desviar la mirada de quien quiera hacerles mal y evitar el maldeojos o aojamiento. Sin embargo, las hogueras de San Juan enganchan a Canarias con remotísimas tradiciones.

El fuego, el agua y la tierra se funden en la alfarería canaria. Característica es la no utilización de torno. El

torno es artilugio de fácil construcción y uso por lo que llama la atención la resistencia de los alfareros y las alfareras canarias a utilizarlo. Hay como un pundonor que les lleva a producir sus piezas como antaño, como si sintieran que en su oficio permanece viva la memoria de los aborígenes isleños. Las piezas de alfarería, distintas según islas, han perdido ya la funcionalidad de otros tiempos pero se sigue cultivando por su interés antropológico y su belleza decorativa.

Los alfareros suelen trabajar sentados en el suelo con una laja bien plana delante a la que se espolvorea ligeramente con arena de barranco. La de playa no sirve por su contenido en sales que la hacen de mal pegue y provoca que las piezas se resquebrajen con facilidad. Trabajan, por lo general, a partir de una pella de barro que se trabaja de abajo a arriba y desde el centro del fondo hacia los lados quitándole de donde sobra mediante cuchillos y callaos. La futura pieza se va sacando por sucesivos añadidos de barro que en algunas islas llaman “bollos”.

La alfarería prehispanica y la posterior coinciden en varios puntos. Además de la ausencia de torno, por la utilización del almagre que cumple finalidades decorativas y actúa como barniz que impermeabiliza la pieza. El almagre lo muele el alfarero en su molino hasta convertirlo en un polvo finísimo del que hace una tintura con sustancias como agua, aceite, petróleo y otras. Cada alfarero guarda celosamente la receta de su tintura pues ahí radica la personalidad del color que se le quiera dar a las piezas. La tintura, líquida y pastosa, actúa como

una especie de cemento natural que añade consistencia. Los almagres son vetas que quedan aprisionadas entre las coladas de lava y que suelen presentar colores rubicundos y rojizos, según las partículas de hierro que contengan.

Los aborígenes no construyeron hornos pero sí que guisaban las piezas. En Lanzarote aún hoy las guisan al aire libre. Hay diferencias entre la alfarería de las islas debidas a los distintos barros, los sistemas de cocción y a los elementos decorativos empleados.

La identidad atlántica de las islas tiene evidentes raíces europeas implantadas a pocos kilómetros de la costa africana donde aclimató sus frutos para transplantarlos luego al continente americano en un incesante ir y venir que generó, desde el principio, una cultura de ida y vuelta. Tres continentes y un océano inmenso hicieron de las Canarias lo que hoy son, ni más ni menos.

Es preciso recorrer miles de kilómetros de tierra y mar para entender el sentido de la identidad canaria. Hay que sumirse en el medievo europeo y asistir a la lenta preparación de la expansión colonial del siglo XV, que basculó sobre Canarias, primero en dirección al Atlántico sur africano y después hacia el Occidente donde se encontró con América. Las huellas isleñas están por todas partes, unas veces en el olvido y otras en el anonimato que no acabó de borrarlas. Sin embargo, aparecen con frecuencia formando parte integrante de identidades nacionales americanas hermanas de la nuestra. Y junto a esta Canarias extrovertida, emprendedora, osada y comercial, la Canarias íntima, soñadora y ensi-

mismada, que también somos.

El Atlántico nos hizo así y por eso el canario es, ante todo, un pueblo atlántico: una certeza de perfiles clásicos que, paradójicamente explica su ambigüedad e indefinición.

CRÉDITOS

PRODUCCIÓN IMACO 89,S.L.

Guión

José A. Alemán

Realización y fotografía

Martín Ardanaz

Producción ejecutiva

Fátima Martín

Fernando Rodríguez

Dirección de producción

Ricardo Prous

Música Original

Miguel Díaz, Frenchy Casañas, Dani Casañas.

Locución

Paco Montesdeoca

Ayudante de realización

Yaiza López

Ayudante de producción

Luis Perdomo

Auxiliar de producción

Pedro Falcón

Secretarias de producción

Patricia Jiménez, Carlota Sánchez, Aurora Santana.

Operador de Steadicam

Ernesto Suárez

Operador de cámara submarina

Miquel Sans

Ayudante de cámara

José Ponce

Auxiliar de cámara

Martin del Rosario

Foto Fija

Victoria Sáez

Maquinistas

Antonio Giménez, Roberto Larena

Técnico de Iluminación

Carmelo Brito

Dirección de postproducción

José M^a Aragonés

Edición off-line

Rocio Montero

Edición digital on-line

Ricardo Juan, Jaime Torello, Antonio Olmedo

Operadores Harry-paintbox-fx

Merce Gal, Joan Aliaga.

Operador Cabecera

Jaume E. Vilaseca

Infografía

Jaume Arteman, Jordi Queralta.

Edición digital audio

Jordi Arques

Grabación sonido

Jordi Vilar

Piloto helicóptero

Manuel Ayuso

Grabación y postproducción

Vicsa, Filmtel

Material de iluminación

P.A.P.I. Producciones

Steadican
San Cristobal

Cabeza Caliente y travelling
Publy Crips

Infografía
Animática

Helicóptero
Z- 1 Alerta y Control

Vehículos
Cicar

Agencia de Viajes
Turistcanarias

Grabación original y postproducción realizadas en digital 4:2:2, sistema Pal Plus formato 16:9.

Proyecto subvencionado por el Gobierno de Canarias con la colaboración del Patronato de Turismo del Cabildo Insular de Gran Canaria.

Agradecimientos

CAPITULO 1º

La Caixa - Cabildo Insular de Gran Canaria - Cabildo Insular de Lanzarote - Parque Nacional de Timanfaya - Ayuntamiento de Puerto de la Cruz - Cofradías de Pescadores - Hilario Estévez - Manuel Pérez.

CAPITULO 2º

La Caixa - Ayuntamiento de Santa Cruz de la Palma - Embajada de Cuba - Consulado de Cuba en Canarias - Fundación Mapfre - Casa de Colón - Casa Museo Galdós - Museo Militar Regional de Canarias - Puerto de la Luz y de Las Palmas - Jardín de aclimatación de La Orotava - Grupo Folklórico Echentive - Grupo Folklórico Cartagena Negra - Samuel Morgan - Kether Herrera - Obispado de Las Palmas de Gran Canaria - Manuel Pérez.

CAPITULO 3º

La Caixa - Parque Nacional Caldera de Taburiente - Bodegas Monje - Carlos García - Isidoro Jiménez - José Corcuera - Juan Brito - Calabaceros de Argual - Manuel Pérez.

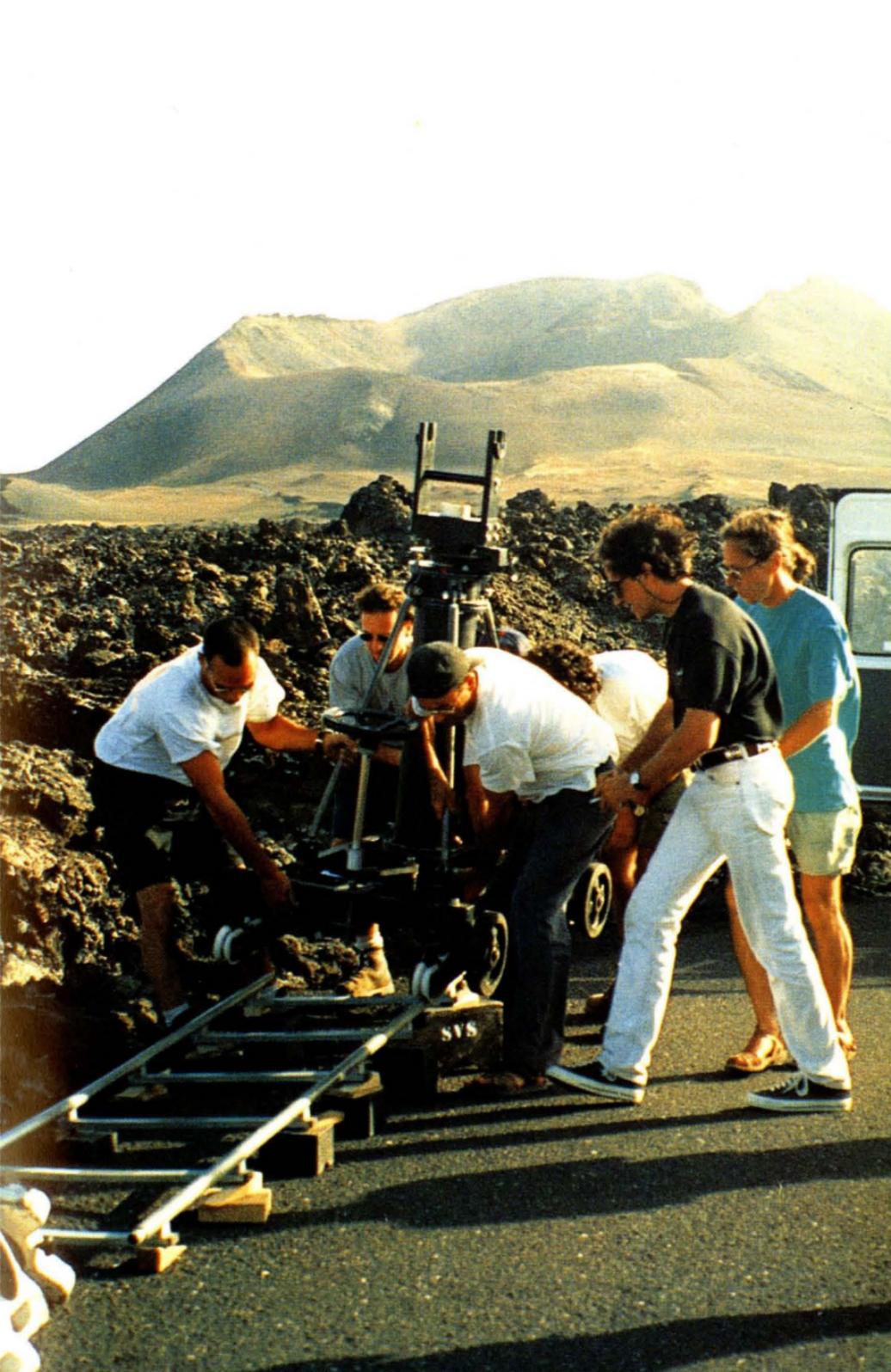
CAPITULO 4º

Ayuntamiento de Las Palmas de Gran Canaria - Ayuntamiento de Agaete - Ayuntamiento del Vallegranrey - Aeropuerto de Gran Canaria - Instituto Astrofísico de Canarias - Liceo de Taoro - Federación

de Lucha Canaria - Vecinos de Arure, Agaete y La Orotava - Manuel Pérez.

CAPITULO 5°

La Caixa - Museo Cho Zacarías - Jardín Canario -
Aula de Naturaleza La Manigua - Pirotecnia Hermanos
Toste - Grupo Folklórico Añate - Museo de La
Santería (Cuba) - Alejandro Cuenca - Manuel Pérez.



Índice

Introducción	7
Prólogo	9
Capítulo 1. Del mar de Canarias y de África	13
Capítulo 2. Del mar de Canarias y de las Indias	23
Capítulo 3. De los mares de tierra adentro	35
Capítulo 4. Mares de fiesta	45
Capítulo 5. Mares de fuego	53
Créditos	63

Fotos

Brincando en los Órganos	12
Rodaje de la secuencia de la emigración	24
El molino movido por camellos	36
La lucha del garrote	44
Maquillando a las brujas la noche de San Juan	56
Las tomas de imágenes se preparan cuidadosamente	69

En la conformación del pueblo canario ha tenido papel preponderante el Océano Atlántico.

Las islas no pueden entenderse sin ese mar que las separa y al propio tiempo las une con Europa, con la vecina África y la aún más cercana América.

El mar, la ubicación geográfica, las idas y venidas sobre las olas atlánticas y el ensimismamiento propio del isleño definen una identidad de la que no se es siempre consciente.



CANARIAS
Identidad Atlántica

ES UNA PRODUCCION DE:

IMACO 89
IMACO 89